

pero la sangre recién vertida de un Borbon exigía se dejara pasar algunas semanas antes de recurrir á ella. Austria hizo menos caso al parecer que ninguna otra potencia de la violacion del territorio germánico, y al ver la indiferencia con que miraba cuanto no redundaba en interés suyo, nada habia que no pudiera conseguirse de ella; pero en materia de etiqueta era quisquillosa, descontentadiza y envidiosa, segun convenia á una corte que era la mas antigua é ilustre entre todas. De consiguiente, era muy difícil que el gefe del sacro imperio romano fuese á reconocer á un emperador, pues tal fué el titulo que se adoptó por ser mas grande, mas poderoso y mas militar que el de rey, emperador que iba á figurar por primera vez en la lista de los soberanos.

Prusia era, á pesar de su reciente frialdad, la mas fácil de disponer en favor de la monarquia francesa, y por lo mismo envióse un correo de gabinete á Berlin con una orden en que se mandaba á Mr. de Laforest se avistase con Mr. de Haugwitz á fin de recabar de él si el rey de Prusia reconoceria al primer consul como emperador hereditario de los franceses, para lo cual debia inculcar la idea de que el joven rey tenia que escoger entre la gratitud mas profunda de parte de Francia ó un resentimiento eterno. Tambien se mandó á Mr. de Laforest no dejase rastro alguno en los archivos de la legacion, que pudiese indicar se habia dado semejante paso. En cuanto á Austria, aunque no se escribió á Mr. de Champigny ni se aventuró un paso directo, acudióse á un medio fácil de ejecutar, que fué sondear á Mr. de Cobentzel, quien decia á Mr. de Talley-

rand deseaba en gran manera complacer al primer consul. Así es que como Mr. de Talleyrand era el ministro mas adecuado, consiguió de Mr. de Cobentzel las palabras mas satisfactorias; pero nada positivo, porque dijo que para hablar con certeza tenia que escribir antes á Viena pidiendo instrucciones á aquel gabinete.

Vióse, pues, obligado el primer consul á esperar una quincena de dias para poder responder al Senado y permitir á los que trabajaban por su nuevo encumbramiento que prosiguiesen su obra, mas sin embargo dejó que fuesen llegando exposiciones á nombre de las principales ciudades y de las autoridades, contentándose con nomandirlas insertar en el *Monitor*.

No podian ser mejores las disposiciones que abrigaba el rey de Prusia, pues así que se echó en brazos de Rusia, uniéndose á ella de secreto, temió haber hecho demasiado en este sentido, criticando sobrado abiertamente lo que sucedió en Ettenheim, y deseaba poder dar pruebas al primer consul de que no era enemigo suyo. Así es que apenas dijo Mr. de Laforest unas cuantas palabras á Mr. de Haugwitz, cuando éste no le dejó acabar, apresurándose á declarar que el rey de Prusia no titubearia en reconocer al nuevo emperador de los franceses. Bien sabia Federico Guillermo que se esponia á que le censurasen, como otras veces, las personas que rodeaban á la reina; pero sabia arrostrar su censura cuando se trataba de los intereses de su reino, y miraba como el primero de estos intereses la buena inteligencia con el primer consul. A esto debemos añadir que experimentaba una satisfaccion, que

todas las córtes iban á experimentar tambien al ver abolida en Francia la República , pues solo podia tranquilizarlos la monarquía , y como era imposible volviesen al trono por entonces los Borbones , el general Bonaparte era el monarca que todos los principes esperaban ver sentado en el sòlo de Francia. Esto prueba lo poco que duran ciertas impresiones en los hombres , sobre todo cuando están interesados en borrarlas de su corazon, puesto que aquellas córtes iban á reconocer como emperador al personage á quien llamaban quince dias antes regicida y asesino.

Consiguiente á esto , el rey de Prusia escribió una carta á Mr. de Lucchesini , carta que fué presentada al primer consul y contenia las expresiones mas amistosas ; como que en ella decia el rey : «Os autorizo para que busqueis cuanto antes una ocasion favorable de poder manifestar á Mr. de Talleyrand, que asi como ví con gusto que al primer consul se le conferia por toda su vida el poder supremo, veré con mas interés aun si cabe, que el orden de cosas establecido, gracias á su saber y á sus grandes hechos , se consolide por medio del restablecimiento del derecho hereditario en favor de su familia , y que no tendré dificultad alguna en reconocerle. Añadireis tambien que me lisongo de que esta prueba nada equivoca de mis sentimientos, equivaldrá para él á todas las seguridades y garantias que hubiera podido darle en un tratado formal , cuyas bases existen de hecho; y que á mi vez espero podré contar igualmente con que me concederá su amistad y confianza , amistad y confianza que deseo subsistan constantemente entre nuestros

respectivos gobiernos.» (23 de abril de 1804).

Aunque estas palabras eran sinceramente en el fondo , no estaban enteramente conformes con el espíritu del tratado que celebró con Rusia, pero el deseo inmoderado que el principe de quien vamos hablando tenia de que no se alterase la paz, le obligaba á decir las falsedades mas indignas de su carácter.

No sucedió lo mismo en Viena, pues como aquel gobierno no habia contraído ningun compromiso con Rusia, ni queria rescatar la concesion hecha á unos haciendo una nueva concesion á otros, solo pensaba en su interés particular calculado del mejor modo posible. La muerte del duque de Enghien y la violacion del territorio germánico, eran puntos de mediana importancia para el gabinete austriaco , el cual solo paró mientes en la indemnizacion que debian exigir por el sacrificio que iba á hacer reconociendo al nuevo emperador. Desde luego, á pesar del inconveniente que podria resultarle de agraviar á Rusia concediendo al gobierno francés una cosa que era muy de su agrado, tenia que resignarse á reconocer á Napoleon, pues negarse á ello era lo mismo que exponerse á que Francia le declarase la guerra, lo cual queria evitar á toda costa, á lo menos por entonces; pero era preciso sacar partido del reconocimiento que la pedian, retardarlo algun tanto, concederlo con ciertas ventajas y presentar á los ojos de Rusia como un plazo concedido de mala gana, el tiempo invertido en arreglar las ventajas que deseaba obtener. A esto estuvo reducida la política austriaca; debiendo convenir en que era una política muy natural entre personas

que vivian en un estado de perpétua desconfianza entre sí.

Podía suceder tambien que de resultas del estado de postracion á que habia venido á parar en el imperio el partido austriaco, perdiese la corona imperial la casa de Austria en la próxima eleccion, y como el modo de evitar este inconveniente era asegurar á la misma casa, por lo que hace á sus estados hereditarios, una corona, no real sino imperial, de tal modo que el gefe de dicha casa siguiese siendo emperador de Austria, caso de que dejase de serlo de Alemania por las eventualidades de una futura eleccion, Mr. de Champagny en Viena y Mr. de Cobentzel en Paris recibieron orden de pedir al primer consul en recompensa de lo que él pedia lo que acabamos de mencionar. Por lo demás, debian declararle que sin perjuicio de arreglar despues las condiciones, desde luego admitia el emperador Francisco el principio del reconocimiento.

Aunque el primer consul estaba casi seguro de que podia contar con las buenas disposiciones de las potencias estrangeras, sirviéronle de satisfaccion las contestaciones que le dirigieron y dió pruebas de gratitud y amistad á la córte de Prusia, dando tambien las gracias á la de Viena, á la cual respondió que consentia sin dificultad alguna en reconocer el titulo de emperador en el gefe de la casa de Austria. Sin embargo, añadió no queria se publicase inmediatamente esta declaracion para que no se creyera habia comprado con ella el reconocimiento de su propio titulo, siendo mejor en su concepto comprometerse en un tratado secreto á reconocer mas tarde al sucesor de Fran-

cisco II por emperador de Austria, si llegaba á perder la cualidad de emperador de Alemania. Por lo demás, dijo que si la córte de Viena insistia, estaba pronto á pasar por semejante dificultad que no lo era, pues todos esos titulos no tenian ninguna importancia verdadera. Desde Carlo-Magno hasta el siglo XVIII solo habia habido en Europa, á lo menos en Occidente, un soberano que tuviese el titulo de emperador; pero desde el siglo XVIII hasta entonces se habian conocido dos, puesto que el czar de Rusia habia tomado este nombre. Segun lo que estaba sucediendo en Francia, iba á haber tres, y si la futura eleccion germánica daba á Alemania un emperador que no fuese de la casa de Austria, llegaria el dia en que hubiese cuatro, ó por mejor decir cinco, pues el rey de Inglaterra habia dado al parlamento unido de Escocia, Inglaterra é Irlanda el nombre de PARLAMENTO IMPERIAL, y tal vez se le antojaria titularse emperador. Todo esto no merecia la pena de que se ocupasen de ello, pues era una cuestion de nombres que no tenian el valor que allá en tiempos antiguos tuvieron, cuando Francisco I y Carlos V disputaban sobre el voto de los electores germánicos.

Además de estas seguridades de parte de las principales córtes, recibió el primer consul testimonios del cariño con que le miraba el ejército, escribiéndole sobre todo el general Soult una carta muy satisfactoria, y recibiendo enérgicas espousiciones, durante los quince dias que transcurrieron mientras se entendia con las córtes de Viena y Berlin, en que abogaban por el restablecimiento de la monarquia, ciudades tan importantes co-

mo Leon, Marsella, Burdeos y París. Tan general era el entusiasmo, tan público iba haciéndose lo que se preparaba, que al fin fué preciso apelar á los medios oficiales, contestando al Senado en términos explícitos.

Ya hemos visto que el primer consul no recibió en público al Senado, y que solo respondió verbalmente al mensaje que le pasó con fecha 6 de germinal, de suerte que hacia cerca de un mes que aquel cuerpo esperaba una contestacion oficial. contestacion que dió el 5 de floreal (25 de abril de 1804) y que produjo el desenlace que se esperaba.—Vuestra felicitacion de 6 de germinal, dijo el primer consul, no se ha apartado un momento de mi memoria... Habeis creido que es necesario sea hereditario el supremo poder para que el pueblo francés se halle al abrigo de los complots de nuestros enemigos y de la agitacion que engendran las ambiciones, juzgais conveniente tambien que nuestras instituciones reciban el complemento indispensable á fin de asegurar para siempre el triunfo de la igualdad y de la libertad pública, dando á la nacion y al gobierno la doble garantia que necesitan, y a medida que he ido parando mi atencion en objetos tan graves, he conocido mas y mas que en una circunstancia tan nueva como importante, me son muy necesarios los consejos que pueden dictaros vuestro saber y esperiencia. De coasiguiente, os invito á que manifesteis á las claras vuestro modo de pensar.»

Tampoco á este mensaje se dió publicidad: en cuanto al Senado, reunióse al instante para deliberar, sin embargo de que la deliberacion era fácil, y el resultado conocido de antemano, redu-

ciéndose á hacer una proposicion para que la república consular quedase convertida en imperio hereditario.

No convenia sin embargo, que todo pasara en silencio, sino que se discutiese en alguna parte, en un cuerpo en que las discusiones fuesen públicas, la gran resolucion que se preparaba; pero el Senado no discutia, y aunque el Cuerpo legislativo escuchaba á oradores de oficio, votaba sin pronunciar una palabra. El Tribunado, si bien habia venido á menos, y convirtiéndose en una seccion del Consejo de estado, discutia aun, por lo cual determinaron valerse de él para que resonasen en la única tribuna desde donde todavia era permitido contradecir, algunas palabras que tuviesen visos de libertad.

Presidia á la sazón el Tribunado Mr. Fabre del Aude, personaje adicto á la familia de Bonaparte, y convinieron con él en elegir un tribuno que hubiese sido abiertamente republicano, para encargarle que tomase la iniciativa. Eligieron en consecuencia á Mr. Curée, compatriota y enemigo personal de Mr. Cambaceres, y el público creyó que el personaje que hizo semejante papel era hechura del segundo consul, siendo él quien le designaba; pero no era así, pues sin saberlo este, ó mejor dicho contra su voluntad, le eligieron. Republicano exaltado en otro tiempo Mr. Curée, habia vuelto como otros muchos á las ideas monárquicas, de suerte, que hizo una proposicion para que se restableciese el derecho de sucesion en favor de la familia de Bonaparte, proposicion que llevó á Saint-Cloud Mr. Fabre del Aude para someterla á la aprobacion del primer consul. Este

no se mostró muy satisfecho, pareciéndole el lenguaje del desengañado republicano poco hábil y elevado; pero como no era oportuno escoger otro miembro del Tribunal, mandó retocar el texto de la proposición que le habían presentado, enviándola inmediatamente á Mr. Fabre del Aude. Dicho texto había sufrido en Saint-Cloud un cambio muy singular, pues en lugar de las palabras, *derecho de sucesion en favor de la familia de Bonaparte*, contenia la proposición las de *derecho de sucesion en favor de los descendientes de Napoleon Bonaparte*. Era Mr. Fabre del Aude muy amigo de José, y uno de los á quien este trataba con mayor intimidad, y conociendo que el primer consul no queria contraer ningun compromiso constitucional con sus hermanos, quienes le tenian descontento, impulsado tambien por los que deseaban congraciarse con José, volvió á llevar la proposición á Saint-Cloud para que se incluyesen en ella de nuevo las palabras *familia de Bonaparte* en lugar de *descendientes de Napoleon Bonaparte*; pero el proyecto volvió con la palabra *descendientes* sin ninguna esplicacion.

Mr. Fabre resolvió no hablar de esta circunstancia, y dar á Mr. Curée la proposición como habia salido de manos del primer consul, pero incluyendo en ella las palabras variadas, pues creia que una vez presentada la proposición y publicada en el *Monitor*, nadie se atreveria á tocarle, y estaba resignado, si era preciso, á tener una esplicacion con el primer consul. Esto prueba que los partidarios de los hermanos de Bonaparte se hallaban muy unidos, cuando arrostraban por defender sus intereses el disgusto del gefe de la familia.

Por supuesto que de todo se dió noticia dia por dia á José, que ya se hallaba en el campamento de Boloña.

El sábado 8 de floreal (28 de abril de 1804) dióse cuenta al Tribunal de la proposición de Mr. Curée, fijándose el dia de su discusión para el lunes 10 de floreal. Cuandó llegó este dia subieron á la tribuna una multitud de oradores para sostener la proposición y disertar acerca de las ventajas de la monarquía, disertaciones exactas en el fondo y que se reducian á lo siguiente.

La revolucion de 1789 quiso abolir el feudalismo, reformar nuestro estado social, suprimir los abusos introducidos á la sombra de un régimen arbitrario, y dar á la nacion intervencion en el gobierno, acortando los vuelos al poder absoluto del monarca. A esto se reducian sus deseos, y todo lo que traspasó estos límites se apartó del objeto que se propuso, acarreando desgracias, como lo sabia Francia por esperiencia, esperiencia de cuyos consejos era preciso aprovecharse á fin de deshacer mucho de lo que se habia hecho indebidamente. Consiguiente á esto, debia restablecerse la monarquía, asentándola sobre las bases de la libertad constitucional y de la igualdad civil, nombrándole rey á Napoleon Bonaparte, único monarca posible, y concediéndose á su familia el derecho de sucederle en el trono.

Los oradores mas celosos del Tribunal añadian en sus arengas invectivas contra los Borbones, declarando solemnemente que estos príncipes habian muerto para Francia, y que todo francés debia oponerse á su vuelta á costa de su sangre. Parecia natural que el mentis que se daban á sí

propios en aquel momento, proclamando la monarquía despues de haber prestado tantos juramentos á la república, indivisible y eterna, debiese servir de leccion á aquellos oradores, y enseñarles á hablar del porvenir en tono menos afirmativo; pero no hay leccion que pueda impedir á los hombres de escaso talento dejarse llevar del torrente que corre por delante de ellos, sobre todo cuando creen que en su curso han de hallar fortuna y honores.

Entre los mas solícitos se hallaban los que se habian distinguido por su espíritu republicano, y los que mas tarde debian distinguirse por su entusiasmo en favor de los Borbones, no habiendo mas que un tribuno, en medio de todas aquellas rastreras adulaciones, que mostrase verdadera dignidad. Este tribuno era Mr. Carnot, quien seguramente se engañaba en sus teorías generales, porque en vista de lo que habia sucedido en el espacio de diez años, era difícil sostener que en un país como Francia fuese mas preferible la república que la monarquía; pero aquel apóstol del error mostró mas decoro que los apóstoles de la verdad, porque sus opiniones eran hijas de la convicción. Y tanto mas le honran el valor y desinterés de que dio pruebas, cuanto que lejos de espresarse como demagogo, se espresó como ciudadano prudente, moderado y amigo del orden, protestando se someteria docilmente al soberano instituido por la ley, pero que mientras esta no se promulgase, queria decir su modo de pensar, ya que habia discusion.

Desde luego habló con suma nobleza del primer consul y de los servicios que habia prestado

á la República, diciendo que si para asegurar el orden en Francia y hacer buen uso de la libertad, se necesitaba un gefe hereditario, seria una locura elegir á otro que no fuese Napoleon Bonaparte, pues ninguno habia dado golpes tan terribles á los enemigos del país, ni hecho tanto para organizarle civilmente. Aunque no hubiese dado á la nacion mas que el código civil, mereceria pasar su nombre á la posteridad; no siendo dudoso, por lo mismo, que á ser necesario restablecer el trono, debia ocuparle él y no esa raza tan ciega como vengativa, que solo volveria á la madre patria para derramar la sangre de sus mejores hijos, y resucitar el reinado de príncipes tan escasos de talento como llenos de preocupaciones. Empero si Napoleon Bonaparte habia hecho tantos servicios, ¿no podia dársele otra recompensa sino á costa de la libertad de la Francia?

El tribuno Carnot, sin engolfarse en disertaciones interminables acerca de las ventajas ó los inconvenientes que encierran las diversas formas de gobierno conocidas, se esforzó en querer probar que en los tiempos del imperio, reinó en Roma tanta agitacion como en los de la república, conociéndose en unos y en otros las mismas virtudes y el mismo heroísmo; que en las monarquías se identificaban los pueblos con las familias colocadas en el trono, participando de sus pasiones, rivalidades y odios, lo cual era un motivo de desorden como otro cualquiera; que si habia habido dias sangrientos para la República francesa, esta era una condicion inseparable de su origen, y que cuando mas probaba que era necesario hubiese una dictadura temporal como sucedia en Ro-



ma: que Napoleon Bonaparte ejercia esa dictadura, sin que nadie le disputase el derecho que para ello tenia, y que en él consistia hacer de ella un uso noble y glorioso, conservándola el tiempo necesario, hasta que Francia se hallase en disposicion de recibir la libertad; pero que, de querer convertirla en un poder hereditario y perpétuo, renunciaba á una gloria que no tenia igual; que el nuevo estado fundado hacia veinte años allende el Atlántico, era una prueba de que podia haber tranquilidad y ventura á la sombra de instituciones republicanas; y por último, que lameataria eternamente no empleara el primer consul su poder en proporcionar á su pais semejante felicidad. Examinando luego el argumento tantas veces empleado, de que habia mas probabilidades de que la paz no se alteraria cuando Francia adoptase las formas de gobierno mejor admitidas en Europa, preguntó si habia quien creyese era facil conseguir el reconocimiento del nuevo emperador, si era caso de tomar las armas porque las potencias extranjeras se negasen á reconocerle, y si Francia convertida ya en imperio no tendria tanto empeño como habia tenido la Francia republicana en ofender á Europa y escitar su envidia, provocando al fin la guerra.

Despues, volvió por última vez sus ojos hácia lo pasado, y se despidió de la gloriosa era de la República, exclamando:

«Será que el hombre esté condenado á ver la libertad sin disfrutarla jamás? La tendrá sin cesar delante de su vista como una fruta que no pueda gustar sin que le cueste la vida?... No, no puedo consentir en mirar como una simple ilusion un

bien preferible á todos los demas, y sin el cual nada valen otros: mi corazon me dice que es posible establecer la libertad, que es facil consolidar el régimen que se funda en ella, y que es mas estable que ningun gobierno arbitrario ú oligárquico.»

Y terminó su discurso con las siguientes palabras, propias de un buen ciudadano:

«Dispuesto siempre á sacrificar mis mas caras afecciones en favor de los intereses de nuestra patria comun, estoy contento con que hayan vuelto á resonar en este sitio el acento de una alma libre, y mi respeto á la ley será tanto mas seguro cuanto que nace de grandes desgracias y de la razon que nos manda imperiosamente unirnos hoy contra el enemigo comun, ese enemigo siempre dispuesto á fomentar discordias y para quien todos los medios son legitimos, con tal que consiga oprimir al universo y dominar los mares.»

Es evidente que el tribuno Carnot confundia la libertad con la república, error de que participan cuantos raciocinan como él, pues la república no constituye necesariamente la libertad, como la monarquia tampoco constituye el orden. Lo mismo hay opresion en un gobierno republicano que en el monárquico; sin buenas leyes lo mismo sucederá con todas las formas de gobierno. Pero lo que se queria saber era si con leyes sábias, no daba la monarquia, en mayor grado que ninguna otra forma de gobierno, la suma de libertad posible, y además la fuerza de accion necesaria en los grandes estados militares; y sobre todo si habiéndola habido en nuestro pais por espacio de doce siglos, no era inevitable

restablecerla y lo que mas debia desearse. A ser así, ¿no valia mas admitirla y organizarla de un modo bien entendido, que vivir en una posicion falsa que ni convenia á las costumbres de Francia ni á la necesidad que todos sentian de que hubiese un gobierno estable y tranquilo? Segun nuestro modo de ver las cosas, solo en una tenia razon el ilustre tribuno de quien nos ocupamos, en decir que quizá no necesitaba Napoleon mas que una dictadura por cierto tiempo para ir á parar mas tarde, á la república, segun Mr. Carnot, y á la monarquía representativa, segun nosotros. Napoleon habia sido escogido por la Providencia para ir preparando á Francia de modo que aceptase con gusto un nuevo régimen, y entregarla enaltecida y regenerada en manos de los que debian regir sus destinos luego que él faltase.

El tribuno Carrion de Nisas se encargó de contestar á Mr. Carnot, y desempeñó su tarea á satisfaccion de los improvisados monárquicos, pero con una pobreza de language igual á lo pobre de las ideas. Por lo demás, aquella discusion era de puro aparato, de suerte que cansados unos y convencidos otros, de lo inútil que era, todos convinieron en acortarla, nombrándose en consecuencia una comision compuesta de trece individuos, para que examinara la proposicion del tribuno Curée y la convirtiese en resolucion definitiva.

En la sesion de 13 de floreal (3 de mayo), es decir, el jueves, Mr. Jard-Panvillier, secretario de la comision nombrada, propuso al tribunal emitiese un voto, que en virtud de las reglas constitucionales puestas en vigor, debia pasar al Sena-

do, llevándolo á dicho cuerpo una diputacion.

El voto se reducía á lo siguiente:

1.º Que Napoleon Bonaparte, consul perpétuo á la sazón, fuese nombrado emperador, encargándose como tal emperador del gobierno de la República francesa.

2.º Que el titulo de emperador, así como el poder imperial, fuesen hereditarios en su familia, de varon en varon, por órden de primogenitura.

3.º Y por último, que al introducir en la organizacion de las autoridades constituidas las modificaciones que exigia el establecimiento del poder hereditario, se respetase la igualdad, la libertad y los derechos del pueblo.

Aprobado este voto por una mayoría inmensa, al dia siguiente, esto es, el 14 de floreal (4 de mayo de 1804) fué llevado al Senado, cuya presidencia ejercia el vice-presidente Mr. Francisco de Neufchateau, quien luego que oyó á la comision del Tribunado, y le dió testimonio del voto que llevaba, dijo á los tribunales:—No puedo desgarrar el velo que cubre los trabajos del Senado; pero debo deciros sin embargo, que desde el 6 de germinal hemos llamado la atencion del primer magistrado sobre el objeto que aquí os trae. La ventaja está de vuestra parte, puesto que habeis podido discutir en público, gracias al modo con que estais constituidos, lo que hace dos meses estamos nosotros meditando en silencio, pero el desarrollo que habeis dado á una idea grande, proporciona al Senado, que os ha abierto la tribuna, el gusto de congratularse por la eleccion que ha hecho, y de aplaudir su obra.

« En los discursos que habeis pronunciado en

público hemos encontrado nuestro mismo modo de pensar, pues también nosotros, ciudadanos tribunos, no queremos á los Borbones porque no queremos que haya una contra-revolucion, que es lo único que pueden dar esos malvados fugitivos que se han llevado consigo el despotismo, la nobleza, el feudalismo, la esclavitud y la ignorancia.....

«También nosotros, ciudadanos tribunos, queremos elevar una nueva dinastía; porque queremos garantizar al pueblo francés todos cuantos derechos ha conquistado; también nosotros queremos que la libertad, la igualdad y las luces no puedan retrogradar. No hablo del hombre que está destinado á dar nombre á su siglo, por que si se sacrifica no es por él sino por nosotros; razones todas que hacen que lo que vosotros proponéis con entusiasmo, lo meditemos nosotros con calma.»

Estas palabras del vice-presidente revelan que el Senado queria dejar consignada la fecha, para no esponerse á que otros se anticipasen ó le aventajaran, en afecto hácia el nuevo soberano. Los directores ocultos del cambio que se preparaba, habian previsto perfectamente el influjo que ejerceria la discusion del Tribunado en aquel cuerpo, y se sirvieron de él para apresurar una decision, diciendo era preciso se tomase el mismo dia en que se diera cuenta del voto del Tribunado, á fin de que se creyese que las dos asambleas se habian encontrado, pero que la mas importante de las dos no secundaba á la otra al parecer. Y como tenian prisa por acabar de una vez, se les ocurrió que debian caviar una memoria al primer consul, memoria en que el Senado manifestase su

modo de pensar, y propusiera las bases de un nuevo senado-consulta orgánico. Efectivamente, cuando la comision del Tribunado se presentó á los senadores, ya estaba estendida la memoria, y aprobada sin detencion, se acordó presentarla inmediatamente al primer consul, queriendo que esta presentacion se efectuase el mismo dia (14 de floreal). En consecuencia, pasó á ver al primer consul una diputacion compuesta de los individuos de la mesa y de la comision que habia redactado el trabajo, y le entregó el mensaje del Senado, con la memoria que contenia sus ideas acerca de la nueva organizacion monárquica que debia darse á Francia.

Por último, como era preciso que estas ideas llevasen la forma de artículos constitucionales, se nombró una comision compuesta de varios senadores, los ministros y los tres cónsules para que redactase el nuevo senado-consulta, y como ya no habia que tomar precaucion alguna en cuanto á la publicidad, aparecieron en el *Monitor* todas las actas del Senado, las comunicaciones que habia dirigido al primer consul, las que éste le pasó, y todas las esposiciones en que se pedia el restablecimiento de la monarquía.

La comision nombrada se dedicó á su tarea, reuniéndose en Saint-Cloud en presencia del primer consul y de sus dos cólegas, para examinar y decidir una por una todas las cuestiones que se desprendian del establecimiento del poder hereditario. La primera que se presentó fué relativa al titulo que debia tomar el nuevo monarca, y habiéndose disentido si se llamaria rey ó emperador, la misma razon que en la Roma antigua in-